

### **El neoliberalismo, ¿racionalidad o ideología? Interrogaciones epistemológicas sobre lo que se cifra en el nombre**

El neoliberalismo aparece como el modo de adjetivar los múltiples y heterogéneos objetos de estudio de las ciencias sociales contemporáneas. Las ciudades neoliberales, la universidad neoliberal, las políticas sociales o culturales con ese signo son algunos de esos objetos privilegiados en la formulación de las preguntas que movilizan al conocimiento social hoy. Pues, el neoliberalismo se ha convertido en el nombre de nuestros tiempos, de manera tal que la investigación que se preocupa por el presente no puede evitar pronunciarlo. En este marco, se vuelve evidente que la pregunta epistemológica por el adjetivo de nuestras investigaciones es central a la hora de entender “eso” que atraviesa nuestras sociedades: ¿es una doctrina económica? ¿es un modelo de políticas públicas? ¿es una cultura o una subjetividad?

A partir de la publicación del curso de M. Foucault en el College de France durante 1979 (*Nacimiento de la biopolítica*, 2007) las ciencias sociales asumieron la necesidad de pensar al neoliberalismo no sólo como una doctrina económica o un modelo de políticas públicas que transforman la estructura económica, produciendo el debilitamiento del Estado como organizador de la economía nacional y la ampliación del campo de acción de las empresas globales y los flujos financieros internacionales. La perspectiva foucaultiana, desarrollada en los últimos años por estudios como los de Christian Laval y Pierre Dardot o Wendy Brown, insiste en la especificidad del neoliberalismo como modo de gobierno de las conductas de los hombres que funciona capilarmente produciendo normatividades prácticas y modos de subjetivación. Es por eso que se sostiene la tesis del neoliberalismo como una nueva racionalidad política, es decir, una transformación de los modos de gobierno ya no fundados en una razón de Estado sino en la competencia económica, aunque sea “en un marco y con instrumentos estatales” (Foucault, 2007: 360). Con el objetivo de superar la comprensión del neoliberalismo sólo como una teoría, una ideología o una manera de representarse la sociedad, la perspectiva foucaultiana pone el énfasis en la novedad de esa transformación de los modos del gobierno sobre los hombres y por lo tanto de la política misma.

Mi hipótesis, apoyada en la lectura crítica que Etienne Balibar ha hecho de un ensayo de Brown publicado en 2005<sup>1</sup>, es que es esa interpretación del carácter novedoso del neoliberalismo en tanto racionalidad política la que conduce a las formulaciones apocalípticas sobre un más allá de la democracia hacia donde este nuevo modo de gobierno conduciría. En textos como *L'étrange victoire* (2016) de Laval y Dardot (traducido recientemente como *La pesadilla que no se acaba*) y *Undoing the demos* (2015) de Brown se pretende explicar el devenir anti-democrático de las sociedades como un despliegue inmanente de esta nueva racionalidad política<sup>2</sup>. Esa deriva antidemocrática es sin duda un signo de nuestros tiempos neoliberales pero, pretendo mostrar que estudiarla como una consecuencia lógica de una nueva racionalidad política construye un escenario apocalíptico para la democracia, para la política y para el sujeto. Si pudiéramos seguir pensando al neoliberalismo como una ideología, que funciona con mecanismos específicos, pero no se constituye como una transformación radical de los modos de la dominación política, sería posible comprender la desdemocratización que caracteriza a nuestros tiempos en el marco en el que la entienden actualmente pensadores inscriptos en la tradición marxista como Balibar (o incluso Wolfgang Streeck): un capítulo nuevo de la histórica tensión entre capitalismo y democracia. En primer lugar, me dedicaré a reconstruir la noción de racionalidad tal como comienza a aparecer en el curso de 1977 publicado como *Defender la sociedad* y el modo en el que esta noción se asocia definitivamente al neoliberalismo en *El nacimiento de la biopolítica*, con vistas a especificar el modo en el que allí se articula su carácter novedoso. Luego presentaré el conflicto entre ese nuevo modo de gobierno y la política democrática, tal como es sugerido por los textos de Laval y Dardot y Brown para, por último, señalar los límites epistemológicos que la perspectiva foucaultiana tiene a la hora de estudiar los procesos de desdemocratización que atraviesan a las sociedades capitalistas contemporáneas desde el concepto de racionalidad.

---

<sup>1</sup> El texto es "Neo-liberalism and the end of Liberal Democracy", en *Edgework. Critical essays on knowledge and politics*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005. Balibar dedica un capítulo de su texto *Ciudadanía* (2013) al ensayo de Brown.

<sup>2</sup> Ya en el 2004 Colin Crouch publicaba su libro *Posdemocracia* preocupado por el vaciamiento político de las democracias occidentales que se convierten progresivamente en estructuras formales, alejándose cada vez más de la agenda igualitarista. Ese diagnóstico sobre las tendencias crecientes de una despolitización y desdemocratización de las sociedades globalizadas es los estudios de Brown y Laval y Dardot pretenden explicar desde la hipótesis del neoliberalismo como racionalidad.

## La racionalidad como gobierno

El desplazamiento de Foucault del concepto de ideología había sido anunciado incluso antes de comenzar a investigar al neoliberalismo. En el curso de 1977 pueden encontrarse sus críticas a tal concepto, quizás asociado en su actualidad francesa al texto de L. Althusser sobre los aparatos ideológicos del Estado. Más allá de la discusión sobre si aquello que Foucault sostiene sobre el concepto de ideología puede ser endilgado o no a Althusser<sup>3</sup>, en la crítica a la ideología que aparece en la segunda clase de *Defender la sociedad* (2010) se elabora al mismo tiempo una toma de posición epistemológica que va a estar luego en la base del concepto de racionalidad desplegado in extenso en el curso sobre la biopolítica. En ese sentido, se podría decir que la idea de “racionalidad” condensa la última formulación de la teoría foucaultiana del poder y es entonces una opción epistemológica. Pero a la vez, ésta se corresponde con las transformaciones históricas de los modos de gobierno que son el objeto del curso posterior sobre el (neo)liberalismo.

En el curso de 1977 aparecen una serie de “precauciones metodológicas” sobre cómo estudiar las relaciones de dominación que condensan una teorización sobre el poder contraria al modelo del Leviathan asociado a la teoría jurídico política de la soberanía, es decir, la razón de Estado. Foucault sostiene que en los siglos XVII y XVIII habría aparecido una nueva mecánica del poder que podemos asociar entonces con la necesidad de asumir esas precauciones de método a la hora de estudiar al gobierno de los hombres en nuestras sociedades.

Entre esos 5 principios metodológicos aparece el corrimiento de la noción de ideología:

“bien puede ser que las grandes maquinarias del poder estén acompañadas por producciones ideológicas. (...)Pero en la base, en el punto de remate de las redes de poder, no creo que lo que se forme sean ideologías. Es mucho menos, y me parece, mucho más. Son instrumentos efectivos de formación y acumulación del saber, métodos de observación técnicas de registro, procedimientos de investigación y búsqueda, aparatos de verificación. Es decir que el poder, cuando se ejerce en sus mecanismo finos, no puede hacerlo sin la formación, la organización y la puesta en circulación de un saber o, mejor, de aparatos de saber que no son acompañamientos o edificios ideológicos.” (Foucault, 2007: 43)

---

<sup>3</sup> En el texto “El alma es la prisión del cuerpo: Althusser y Foucault, 1970-1975” (1994) Warren Montag se ha ocupado de cuestionar las lecturas que tienden a oponer a Foucault y Althusser en relación con el problema de la ideología.

La noción de ideología se asocia allí a un edificio, es decir, un saber consistente y construido según la intención de un constructor para ser de una determinada manera y cumplir la función de acompañar o incluso encubrir lo que está por debajo. En principio, podemos oír allí la alusión a la metáfora arquitectónica que resultó tan cara al marxismo: la ideología como superestructura que oculta -y garantiza- la dominación estructural a través del engaño de las conciencias. En un fragmento de una de las entrevistas publicadas en *Microfísica del poder* (1992: 192) con el título “Verdad y poder”, Foucault hace explícita una crítica a esa concepción. Allí sostiene que la noción de ideología implica siempre una contraposición, aunque sea virtual, con la verdad como lo otro de sí mientras que él insiste con la pregunta por cómo se produce la verdad como verdad.

Por otro lado, la ideología siempre está asociada al sujeto. En el mismo sentido, en otra de las entrevistas compiladas en ese libro se afirma que el problema con el concepto de ideología es que localiza a la dominación como un fenómeno de la conciencia subjetiva, sin registrar “la cuestión del cuerpo y los efectos del poder sobre él” (Foucault, 1992: 114). Por lo tanto, Foucault no sólo critica la equiparación de la ideología con lo falso sino el peligro de que bajo ese modelo se pase por alto la dimensión material o física del poder que él se encargó de enfatizar con su microfísica.

Por último, en su crítica a la noción de ideología se expresa también el anudamiento del complejo saber-poder que funciona a lo largo de todas sus investigaciones. En “¿Qué es la crítica?” (1995) se define la actitud de la crítica como la búsqueda de los lazos entre conocimiento y coerción. Ese nexo es lo que estructura la aceptabilidad del sistema y no puede ser pensado en términos de ocultamiento o legitimidad en el orden de las conciencias, porque la verdad y el poder son el efecto de ese complejo anudado. Vale decir, es ese nudo el que él se niega a deshacer cuando rechaza pensar a los discursos del saber en términos de “acompañamiento” (o podríamos decir, justificación o legitimación) de la dominación.

Esas tres objeciones al concepto de ideología que Foucault puntualiza en la entrevista titulada “Verdad y poder”(1992:192) (depende de una contraposición con la verdad, describe un fenómeno del orden de las conciencias y desarma el complejo saber-poder) se enlazan con la perspectiva del poder que Foucault delinea cuando enuncia el resto de las “precauciones de método” en *Defender la sociedad*. Allí se sostiene que el poder no debe analizarse desde su centro sino donde se vuelve capilar (1). Luego que no debe preguntarse por la intención de quien está “detrás” de él sino “cómo se constituyen poco a poco , progresiva, real, materialmente los súbditos [sujets], el sujeto [sujet], a partir de la multiplicidad de los cuerpos, las fuerzas, las energías, las materias, los deseos, los pensamientos, etcétera.”(Foucault, 2010:37) (2). Además afirma que no se trata de una dominación maciza que se aplica sobre los individuos sino de redes que producen individuos y circulan a través suyo (3). Por lo tanto, no habría que hacer un análisis descendente del poder a partir de su centro sino un análisis ascendente partiendo de los “mecanismos infinitesimales que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica y ver después cómo esos mecanismo de poder, (...), fueron y son investidos colonizados, utilizados, (...)por unos mecanismos cada vez más generales y unas formas de dominación global” (2010: 39)(4). Pensar racionalidades en lugar de ideologías habilita la pregunta por cómo se construye la verdad y por un poder que está más allá (o más acá) de toda intención subjetiva pues se extiende micro-fisicamente.

Dado que se trata de un posicionamiento epistemológico, en *El nacimiento de la biopolítica*, no sólo el liberalismo es definido en términos de racionalidad sino que también se habla de la “razón de estado” asociada a la concepción jurídica del poder que el liberalismo vino a transformar en el siglo XVIII. Pero esa transformación asume específicamente el nombre de una racionalización de la política que es la que constituye la novedad del arte de gobierno liberal: el poder funcionaría según las reglas de maximización económica que son las que instituyen lo verdadero. El liberalismo como racionalidad implica entonces esta novedad histórica (y no sólo una toma de posición epistemológica) en tanto se trata de un modo de gobierno de la conducta de los hombres que funciona poniendo límites al Estado al hacer del mercado el lugar de veridicción.

El neoliberalismo que Foucault rastrea en la Alemania de post-guerra actualizaba ese régimen de veridicción que la economía política clásica había construido en torno a la libertad de mercado pero incluso lo piensa como una racionalización de la política que es capaz de fundar al poder político del Estado (y no sólo limitarlo internamente). La racionalidad política neoliberal convierte la libertad económica en poder instituyente (sin asumirla como un principio natural sino como algo que debe ser producido activamente), de manera que el orden jurídico y la legitimidad del Estado son resultado suyos. Como sostienen Laval y Dardot ya no se trata de los límites que la economía puede ponerle al gobierno político sino de hacer del mercado el principio de gobierno.

Es por eso que términos como soberanía, legitimidad e incluso ideología no funcionan para pensar al neoliberalismo según esta perspectiva fundada por Foucault. No se trata sólo de una opción epistemológica asociada a su particular teoría del poder sino del registro de una transformación histórica del modo de gobierno de los hombres que ya no parece depender de ninguna razón subjetiva, ni la soberana que toma decisiones y requiere el engaño ideológico para conducir conductas, ni la gobernada que legitima al poder estatal. La propia economía se convierte en la grilla de inteligibilidad de lo social, una racionalidad sin sujeto cuyo objeto es la sociedad misma sometida a la lógica competitiva, una sociedad empresa. El sujeto ya no participa ni como gobernador ni como gobernado de las tecnologías políticas del neoliberalismo que, pues se constituyen como una racionalidad que organiza las acciones de ambos. El gobierno neoliberal se define como lo que Weber denominaba *Lebensführung*, un régimen de conducción de la vida que funciona tanto a nivel subjetivo como estatal.

### **La racionalidad como posdemocracia**

En *La nueva razón del mundo* Laval y Dardot retoman la hipótesis foucaultiana del neoliberalismo como una nueva racionalidad política definida como “el despliegue de la lógica del mercado como lógica normativa generalizada, desde el Estado hasta lo más íntimo de la subjetividad” (2013: 25). Lo “neo” que se inscribe en el prefijo es entonces esa transformación racionalizadora de la política (entendida como gobierno de los hombres) que disuelve el espacio para términos de la teoría jurídica del poder como soberanía o legitimidad. De allí que la democracia aparezca para ellos y para Brown como lógicamente derrotada por el neoliberalismo. La transformación epistémica que el neoliberalismo produce históricamente en la política, clausura el espacio para una institucionalidad política democrática que pueda sostener su diferencia con respecto al principio de la competencia a través del cual se extiende esta racionalidad.

Asumir como punto de partida que el neoliberalismo es una racionalidad política permite avanzar con ciertos modos de la crítica pero condiciona a priori las posibilidades de supervivencia de una política democrática. Por un lado, la perspectiva foucaultiana permite refutar los análisis simplistas en términos de retirada del Estado y reconsiderar su intervención fundamental para la producción y reproducción del principio de la competencia como lógica social. Tanto los estudios de Laval y Dardot como los de Brown insisten con el rol fundamental del Estado en la proyección de la racionalidad neoliberal, tanto hacia sus propios modos de funcionamiento, como hacia la sociedad toda. En ese sentido, ellos afirman no sólo que el Estado responde a las necesidades del mercado y está organizado él mismo según la lógica empresarial, sino que la esfera política se somete a los criterios utilidad de la racionalidad económica (Cfr. Brown, 2005). Por lo tanto, visualizar el rol activo del Estado en la producción y reproducción del neoliberalismo como racionalidad implica también asumir que la esfera política pierde toda autonomía.

Por otro lado, esta perspectiva contiene también la potencia crítica de hacer visibles los pequeños hilos que cotidianamente están produciendo subjetivamente al neoliberalismo. Como sostiene Brown “la neoliberalización se produce generalmente más según el modo termita que según el modo león” (Brown, 2015: 35) y por eso, como sostiene Aihwa Ong, también desde la perspectiva foucaultiana, es necesario estudiar al neoliberalismo “no como una cultura o una estructura sino como técnicas de gobierno móviles que pueden ser descontextualizadas de sus fuentes originales y recontextualizadas en constelaciones de relaciones mutuamente constitutivas y contingentes” (Ong: 2006:13). Pero, al mismo tiempo, al asumir la perspectiva de esa transversalidad microfísica se reduce epistemológicamente la posibilidad para toda autonomía política y por lo tanto para que las democracias puedan conservar cierta soberanía popular por sobre la soberanía del mercado. En todo caso, sólo como fracaso de la racionalidad política neoliberal o como resistencia a la misma podría sobrevivir la política democrática según la perspectiva foucaultiana. Por eso, en el ensayo de Brown de 2005 que Balibar le criticaría luego, se hablaba del fin de la democracia liberal atropellada por la racionalidad neoliberal y la necesidad de que la izquierda haga un duelo (definitivo) tras esa pérdida de una institucionalidad con la que nunca estuvo completamente comprometida.

Ese cuestionamiento inmanente a la soberanía popular es lo que Laval y Dardot rastrean en los textos de Hayek pues “un Estado que adopta por principio someter su acción a las reglas del derecho privado no puede correr el riesgo de una discusión pública sobre el valor de dichas normas, *a fortiori* no puede aceptar remitirse a la voluntad del pueblo para decidir a este respecto.” (2013: 185). En otras palabras, el neoliberalismo sólo puede

extenderse como racionalidad arrasando todo límite que la democracia, en nombre de la soberanía popular, le oponga a la extensión de la sociedad del derecho privado.

En su último libro, recientemente publicado en español como *La pesadilla que no acaba nunca*, ellos se ocupan de mostrar los sentidos en los que el proyecto político- social de los fundadores del neoliberalismo era de por sí anti-democrático. La reducción de la democracia y de la soberanía del pueblo a un procedimiento de selección de gobernantes, la sumisión del Estado a las reglas del derecho privado que deberían instituir al orden social a través de una constitución (como sostiene Hayek en *Los fundamentos de la libertad*) y, como consecuencia de esa constitución económica soberana, la destitución de toda soberanía que pueda estar más allá de esas leyes de la propiedad privada por las que el orden judicial debe velar, constituyen los núcleos antidemocráticos del proyecto neoliberal.

Por otro lado, la escala mundializada del neoliberalismo instituida en el Consenso de Washington implicó la erosión de las soberanías nacionales en pos de la transnacionalización del capital o incluso lo que Ong ha descrito como zonas de excepción al interior de la soberanía en el mundo asiático, espacios de “graduated sovereignty” en donde el capital tiene absoluta libertad de acción, incluso más allá de los derechos civiles o económicos regulados en el resto del país. Laval y Dardot rastrean también el modo en el que la realización histórica del proyecto neoliberal en la Unión Europea llevó adelante ese anti-democratismo a través de la creación de un sistema institucional de mercado dirigido por una tecnocracia (que ellos llaman “la expertocracia de Bruselas”) que gobierna, por sobre las soberanías nacionales, a través de la deuda (tal como ellos ejemplifican en el caso de la Grecia de Syriza y la Troïka).

La definición de la razón neoliberal como un modo de gobierno que se caracteriza por esa microfísica extensión social del principio de la competencia tiene la potencia de hacer visible el carácter transversal del neoliberalismo pero al mismo tiempo impide ver las mediaciones a través de las cuales esa razón se extiende. Vale decir, no es sólo la autonomía política lo que no tiene espacio sino incluso la posibilidad de pensar la autonomía de un sujeto, que queda reducido a mero efecto de un régimen de subjetivación. Quizás por eso tanto Foucault como Laval y Dardot en continuidad con él, estudian los textos doctrinarios, de filosofía, economía política y teoría económica cuando estudian a la racionalidad neoliberal. A pesar de aceptar que la misma convive con otro tipo de tecnologías de gobierno y por lo tanto no puede asumirse el éxito absoluto de ese régimen de subjetivación, el neoliberalismo en sí mismo es presentado a través del rastreo genealógico de sus “fuentes originales” y no del modo en el que sus técnicas se inscriben en



los individuos históricos concretos que padecen y actúan en relación con esas técnicas, poniendo en juego determinados modos de autonomía subjetiva.

En *La nueva razón del mundo*, Laval y Dardot registran una reducción de la heterogeneidad interna del hombre moderno sometido al conflicto entre sus esferas de acción diferenciadas. El sujeto neoliberal arrasa con el hombre moderno desdoblado entre el ciudadano y el *homo economicus*, gracias a una “homogeneización del discurso del hombre en torno a la figura de la empresa (2013: 331)”. Cuando Brown se pregunta por lo novedoso de esta economización de la vida que la razón neoliberal produce, responde pensando la especificidad de este *homo economicus* contemporáneo (Brown, 2015: 33). En primer lugar, señala la cuestión del grado: en el neoliberalismo se es siempre y solamente *homo economicus*. Pero además, este sujeto neoliberal se caracteriza por constituirse como capital humano (y no, como lo describía la economía política clásica como sujeto del intercambio u orientado según el propio interés<sup>4</sup>) y, en ese sentido, somete todos los dominios de su vida al criterio de valorización infinita del capital financiero. Es decir, todas sus actividades y decisiones están orientadas hacia el incremento del valor del sí mismo en función de la competencia con otros.

Para Laval y Dardot, la figura del empresario de sí mismo condensa esa unificación de todas las instancias de la vida subjetiva que se vuelven facciones del capital humano que cada uno auto-produce. Los autores llaman a esta normatividad del sujeto impelido a ir más allá de sí bajo el imperativo de la auto-superación “ultra-subjetivación”. No es simplemente porque el neoliberalismo esté muy extendido que no deja resto sino que se trataría de un dispositivo de subjetivación caracterizado por la máxima de la superación indefinida de todo límite en el sujeto, incluso de su propio cuerpo como límite. El sujeto que resulta de allí es entonces plenamente responsable de su destino pues está impelido a superar todo límite institucional o simbólico que le impida realizar su empresa. Ellos se dedican a puntualizar los síntomas que este modo de gobierno de los sujetos produce como reverso del rostro triunfante del empresario de sí, síntomas que surgen precisamente de esa desimbolización asociada a la eliminación de todo límite en o para el sujeto.

### Límites epistemológicos de la racionalidad de lo ilimitado

---

<sup>4</sup> Esa es una de las críticas más específicas que Brown le hace a Foucault. El *homo economicus* del neoliberalismo ya no puede identificarse con aquel que se orienta según su propio interés (como lo era el de Smith) porque “este sujeto está tan profundamente integrado y por lo tanto, subordinado al subsiguiente objetivo del crecimiento económico que su propio bienestar es fácilmente sacrificado por esos propósitos superiores.” (Brown, 2015: 83)

Esa transcendencia de todo límite estaba en la base del carácter ilimitado del proceso de valorización del capital descrito por Marx. En su último libro Laval y Dardot piensan la relación de la racionalidad neoliberal con el capitalismo, con vistas a corregir uno de los límites que Brown había encontrado en la perspectiva de Foucault: su indiferencia con respecto al capitalismo por un lado y a la democracia por otro. En pos de repensar la relación con el capitalismo, ellos asocian ese avasallamiento de todo límite a la ilimitación que Marx había descubierto en la figura de la plusvalía. En ese sentido, lo novedoso del neoliberalismo sería hacer de la ley del capital un régimen de (ultra)subjetivación y de socialización que convierte a lo ilimitado de la valorización en un modo de gobierno a través de la libertad sin límites.

La segunda indiferencia de la perspectiva foucaultiana, con respecto a los efectos del neoliberalismo sobre las democracias, es precisamente la preocupación central del último libro de Brown y del de Laval y Dardot. Brown sostiene explícitamente que esta nueva figura subjetiva del *homo economicus* no deja rastro para la ciudadanía o para ningún modo de subjetividad política autónoma. Al mismo tiempo identifica que la teoría política del propio Foucault produce una invisibilización de la figura del ciudadano debido a su consideración del gobierno como conducción de sujetos y cuerpos no políticos. Ella señala que en los escritos de Foucault la soberanía queda asociada siempre al Estado y nunca a los individuos, por lo que sospecha que “quizás él nunca se haya tomado en serio a esa criatura” capaz de soberanía individual, “el *homo politicus* no es un personaje en la historia de Foucault “(Brown, 2016: 86). Por eso, ella sostiene que el análisis de Foucault no permite preguntarse: “¿qué efectos produce la racionalidad neoliberal sobre la democracia, incluyendo los principios democráticos, las instituciones, los valores, las expresiones, coaliciones y fuerzas? Sobre todo, ¿qué le produce esta racionalidad a un imaginario democrático, a los valores de la autonomía política, libertad política, voz ciudadana, justicia e igualdad?” (Brown, 2015: 74).

Esas son precisamente las preguntas que Brown pretende responder haciendo visible el triunfo del *homo economicus* sobre el *homo politicus*, sobre el sujeto que se gobierna a sí mismo a través de su autonomía moral y gobierna con otros a través de la soberanía popular. Lo que se vuelve evidente en el propio texto de Brown es que aquello que para Foucault era invisible es lo que el propio neoliberalismo invisibiliza activamente de manera que, como decía al principio en relación al concepto de racionalidad política en Foucault, la perspectiva epistemológica foucaultiana converge con la transformación histórica. Para Brown, la derrota del *homo politicus* por el *homo economicus* es un modo de nombrar la novedad histórica que el neoliberalismo produce como racionalidad. Pero si asumimos que se trata de una normatividad social que no deja espacio para ninguna autonomía (ni del individuo ni de la política)

la propia pregunta de Brown no hace sentido. Y sin embargo es una pregunta que tiene sentido hacer.

Pero esa indiferencia de la perspectiva de Foucault con respecto a la autonomía política no hace que Brown abandone la hipótesis del neoliberalismo como racionalidad, sino que, tanto ella como Laval y Dardot, insisten con la pregunta por lo que sucede con la vida política cuando el neoliberalismo la satura. La pregunta hace sobrevivir algo de aquello que la racionalidad neoliberal destruye por principio. Para ellos el neoliberalismo implica un modo de gobierno novedoso por su capacidad de instituir una racionalidad social de manera que su extensión implica una guerra contra toda autonomía que pueda limitar la sujeción a las leyes del capital:

Ella pretende transformar, o incluso destruir, las instituciones sociales que asegurarían una autonomía relativa individual, familiar y, aún más, colectiva frente al mercado de trabajo y de la subordinación al capital. Los argumentos moralizadores sobre la "virtud" de la austeridad apenas ocultan el principal objetivo: debilitar hasta hacer desaparecer todo lo que ha permitido que los individuos, especialmente a partir de mediados del siglo XX, no dependan totalmente del capital y del mercado. Esta guerra tiene el efecto más general la desactivación de toda capacidad de acción colectiva autónoma de la sociedad (Dardot et Laval, 2016: 42) (Traducción propia).

Es por esto y en ese sentido que ellos sostienen que el neoliberalismo trabaja activamente en derrotar a la democracia, imponiéndose como una racionalidad en los individuos y las instituciones que desactiva cualquier posibilidad de resistencia a su lógica. "Si se sostiene que la democracia descansa en la soberanía del pueblo, se pone de manifiesto que como doctrina el neoliberalismo es, no accidentalmente sino esencialmente un antidemocratismo" (Dardot y Laval, 2013: 391).

Pero esa guerra contra la democracia no se produce en el terreno de la política ya que este es desplazado hacia la sociedad. Por eso Laval y Dardot sostienen que la lucha política de la izquierda necesita pensar otra racionalidad que implicaría otras formas de subjetivación y de socialización y no defender una democracia liberal desfalleciente. Citando la hipótesis del texto de Brown de 2005 en donde se sostiene que la izquierda debe dejar de idealizar en términos melancólicos a la democracia liberal perdida, ellos sostienen que es necesario responder al neoliberalismo como forma de vida, a través de una experimentación democrática de las masas de no expertos, una experiencia de lo común. Vale decir, más que una respuesta política el neoliberalismo requeriría una respuesta social que ellos se encargan de pensar en su libro *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*.

Sin embargo, en su último libro Brown insiste con preocupación en la pregunta por los efectos del neoliberalismo sobre el ideal, el imaginario y el proyecto político democrático. Para responderla desde la perspectiva foucaultiana ella hace foco en la gramática y los términos en los que la racionalidad neoliberal

se disemina y llega a la misma conclusión que Laval y Dardot en *La pesadilla que no se acaba*: la democracia se desrealiza. El ataque a la democracia se produce en ese nivel a través de la economización normativa de la política que Brown estudia, por ejemplo, en las lógicas de la gobernanza que asumen las técnicas del management empresarial en el Estado. Sin embargo, la democracia no sólo aparece como derrotada en términos de normatividad social sino también como imaginario cargado de promesas que, aunque nunca realizadas, oponían un límite interno al capitalismo, tal como Brown reconoce. Vale decir, diferenciándose de su sugerencia en el texto de 2005 de desprenderse de la relación melancólica con la democracia liberal, 10 años después Brown se preocupa por la erosión de los imaginarios democráticos que están epistemológicamente invisibilizados por la definición foucaultiana de racionalidad neoliberal.

La preocupación de Brown por los imaginarios democráticos sólo aparece en términos de pregunta porque la perspectiva foucaultiana desde la que parte para pensar al neoliberalismo ocluye el espacio lógico para estudiar todo lo que no sea el régimen de subjetivación. No es que el imaginario democrático pueda estar “más allá” de la normatividad social neoliberal sino con ese concepto se alude al modo en el que ella se inscribe o se articula en los sujetos y no sólo al modo en el que se los produce o sujeta.

Para sostener una investigación sobre los imaginarios democráticos sería necesario asumir que hay algo distinto de la racionalidad social según el principio de la competencia, una cierta autonomía política que no está absolutamente reducida al modo de gobierno neoliberal. Y ese bloqueo que la perspectiva epistemológica produce se refleja en los materiales y registros en los que tanto Brown como Laval y Dardot estudian el antidemocratismo de la racionalidad neoliberal. Los nuevos modelos de gobernanza internacional que se ponen en práctica en Europa, la transformación del sistema universitario o los textos fundacionales del neoliberalismo que Foucault también estudiaba son los materiales en los que es posible rastrear los efectos de ese régimen normativo sobre las democracias, pero el nivel de los imaginarios sociales sólo aparece en las preguntas sin que sea abordado directamente. Eso es justamente porque pensar al neoliberalismo como racionalidad que economiza absolutamente a la política, arrasa incluso con el espacio para la pregunta por una politicidad que no se reduzca a efecto de los regímenes de subjetivación. Aunque se reponga la pregunta por la democracia o por la soberanía del sujeto que, según Brown, a Foucault le faltaba, una investigación que asume que el neoliberalismo es esa racionalidad política novedosa ocluye la posibilidad para toda autonomía y por lo tanto para estudiar el modo en el que las ideologías funcionan y producen, por ejemplo, efectos desdemocratizadores en el nivel de los imaginarios.

Fue Balibar quien le ha señalado a Brown el efecto que la perspectiva de la gubernamentalidad tiene sobre la política. En su ensayo *Ciudadanía* sostiene que si la novedad del neoliberalismo es en realidad “el nacimiento de una forma en extremo paradójica de la actividad política, puesto que no sólo tiende a neutralizar tan completamente como sea posible el elemento de conflictividad (...) sino que quiere privarla de antemano de todo significado (...). Por consiguiente, de hecho, no se trata tanto de política como de antipolítica, de neutralización o de abolición preventiva del antagonismo sociopolítico.”(Balibar, 2013: 169). La interpretación de Brown asumiría entonces que el neoliberalismo produce una radical crisis de la política misma y por eso es que no habría razón para defender melancólicamente los restos de la política democrática ya derrotada. De esa manera, la perspectiva de la gubernamentalidad es lo que conduce a las hipótesis apocalípticas sobre la posibilidad para la lucha política en nombre de la democracia. Frente a eso Balibar pretende sostener la autonomía relativa de la política estudiando las marchas y contra-marchas de la figura de la ciudadanía y en diferentes momentos de tensión o complicidad con la historia del capitalismo y sus crisis. En su libro de 2015, Brown parece haber reconocido la crítica que Balibar le hace a su texto de 2005 que anunciaba el fin de las democracias liberales y por eso repone la pregunta por la relación del *homo economicus* con el *homo politicus*. Pero lo que intenté mostrar es que se trata de una falsa pregunta pues está contestada desde el principio si se asume el neoliberalismo es esa novedosa racionalidad política antipolítica.

Frente a esa limitación de los estudios críticos sobre el neoliberalismo que asumen la perspectiva foucaultiana, resulta productivo insistir en la potencia de concebir al neoliberalismo como una ideología que no constituye ningún edificio teórico coherente sino más bien un entramado de sentidos que se articula en los sujetos de manera contradictoria. Al estudiar los discursos doctrinarios o las transformaciones normativas de las democracias capitalistas que construyeron al mercado como lugar de veridicción, la perspectiva foucaultiana asume que el neoliberalismo logra eficazmente sus propósitos y por lo tanto no permite interrogar los modos en los que sus tecnologías se articulan en ese orden imaginario. Si la subjetividad queda reducida a mero efecto, junto con sus imaginarios y su voluntad, la propia acción política desaparece. Preguntarse por cómo se construye la verdad como verdad, tal como Foucault pretendía, deshace el lugar de una crítica capaz de mostrar las contradicciones internas de esa verdad y sus paradójicos modos de existencia históricos.

Las transformaciones normativas que deshacen a las democracias tienen que ser estudiadas, así como los regímenes de subjetivación que la economización de la política instituye. Laval y Dardot y Brown dan grandes pasos en ese sentido identificando transformaciones normativas y señalando sus

consecuencias anti-políticas. Pero también ellos registran que hay que seguir haciendo la pregunta por los imaginarios democráticos. Es ese más allá de la dimensión normativa del neoliberalismo lo que un concepto de ideología puede permitir abrir. No alcanza con hacer la falsa pregunta por los efectos de esta racionalidad antipolítica en los imaginarios políticos sino que es necesario repensar qué es lo que el neoliberalismo nombra. ¿Es un modo novedoso de lo político que implica su propia destrucción, o su antipoliticismo es uno de los núcleos ideológicos que la crítica debe mostrar como actualización de viejos sentidos y prácticas políticas y como construcción de nuevos sujetos políticos (y no sólo como formas de sujeción)?

Lo que se cifra en el nombre del neoliberalismo determina las preguntas que podemos hacer para comprenderlo así como los materiales en donde vamos a buscarlo. Si lo pensamos como una ideología que funciona a través de un régimen de subjetivación y una serie de normatividades prácticas pero que no se reduce a eso, sino que opera políticamente, construye imaginarios e interpela a sujetos políticos es posible preguntarse cómo es que el neoliberalismo “convence” e indagar los sentidos y afectos históricos con los que se enlaza.

Esto no implica reutilizar ese mismo concepto de ideología como “acompañamiento” que Foucault criticaba por su desconsideración de la dimensión microfísica del poder. Es posible atender a esa dimensión insistiendo con la necesidad de mostrar los modos en los que lo falso opera en lo verdadero para no creerle entonces al neoliberalismo su desnudez política. Esto sí implicaría introducir una cuña en el anudamiento entre saber y poder pues asumiendo una perspectiva epistemológica que no nos permita mostrar lo falso de sus verdades, el efecto de verdad se fortalece. Al fin y al cabo, si el neoliberalismo pretende eliminar las mediaciones políticas, la crítica ¿no debería encargarse de hacerlas visibles, sosteniendo la pregunta por sus imaginarios, sus interpelaciones, sus modos de lucha y de lidiar con el conflicto, en lugar de asumir como punto de partida que todas las mediaciones son arrasadas por la economización de la política?

Para observar el modo en que esas transformaciones normativas del neoliberalismo son determinadas por las historias políticas nacionales, se superponen con otros regímenes de subjetivación políticos y se articulan o transforman determinados núcleos de sentido de las democracias realmente existentes es necesario ampliar la perspectiva epistemológica limitada por el concepto de racionalidad. No se trata de abandonar la perspectiva foucaultiana sino de hacer visible lo que ella invisibiliza y repensar los modos para ampliar las investigaciones sobre el adjetivo de nuestros tiempos, con el objetivo de captar mejor las dinámicas de nuestros antidemocratismos contemporáneos.

## **Bibliografía**

Balibar, E. (2013): *Ciudadanía*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.

- Brown, W. (2005): "Neoliberalism and the end of liberal democracy", en *Edgework. Critical Essays on knowledge and Politics*, Princeton University Press, New Jersey.
- Brown, W. (2016): *Undoing the Demos. Neoliberalism's Stealth Revolution.*, Zone Books, New York.
- Crouch, C. (2004): *Posdemocracia*, Taurus, Madrid.
- Dardot, P y Laval, C. (2013): *La nueva razón del mundo*, Gedisa, Barcelona.
- Dardot, P. y Laval C. (2015): *Común. Ensayo sobre la revolución del siglo XXI*, Gedisa, Barcelona.
- Dardot, P. et Laval, C. (2016): *L'étrange victoire. Comment le néolibéralisme défait la démocratie*, La Découverte, Paris.
- Foucault, M. (1992): *Microfísica del poder*, Las Ediciones de La piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (1995): "¿Qué es la crítica? Crítica y Aufklärung", Revista de Filosofía-ULA, 8.
- Foucault, M. (2007): *El nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Foucault, M. (2010): *Defender la sociedad*, Fondo de cultura Económica, Buenos Aires.
- Montag, W., (1995): "El alma es la prisión del cuerpo: Althusser y Foucault", Youkali. Revista crítica de las artes y el pensamiento, nº 8.
- Ong, A. (2006): *Neoliberalism as exception. Mutations in citizenship and sovereignty*, Duke university press, Durham NC.
- Streck, W. (2016): *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz, Buenos Aires.